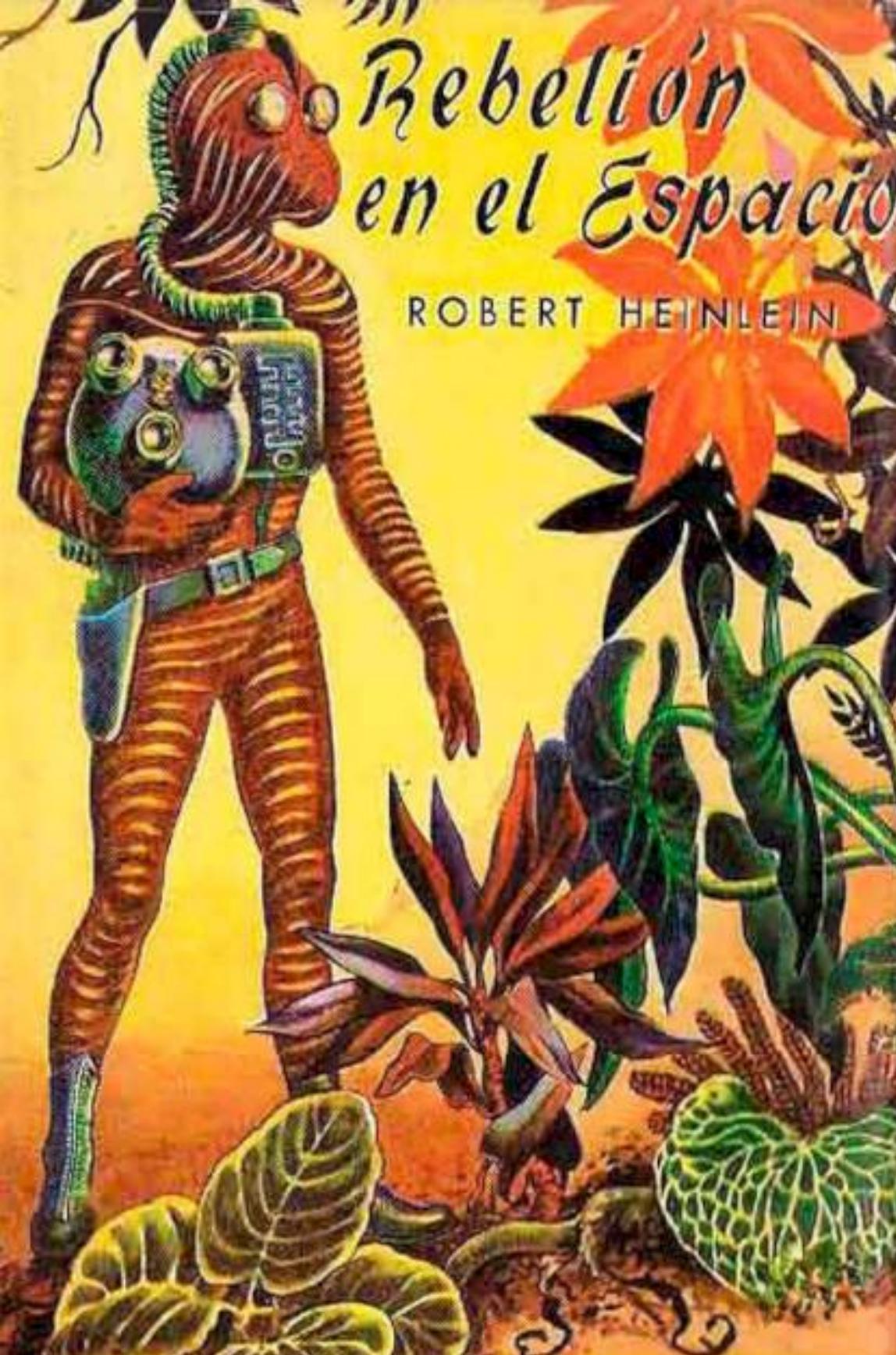


Rebelión en el Espacio

ROBERT HEINLEIN



¿Se ha preguntado usted alguna vez cómo puede ser el planeta Marte? Esta novela nos presenta una visión aproximada de lo que será la vida de los seres humanos que en un futuro próximo vayan a colonizar el planeta rojo. Su acción presenta a los colonos y sus problemas, semejantes pese a la distancia, a los que debieron enfrentar todos los pioneros a través de la historia de la civilización. Poco a poco el lector entra en contacto con los pobladores humanos del viejo planeta, conoce a Jim y Frank, dos jovencitos que corren extraordinarias aventuras en las milenarias ciudades marcianas y en el fondo de los mares muertos, acompañados por Willis. ¿Que quién es Willis? Ya lo conocerán. Willis es único, es simplemente... Willis. Y envolviendo todo, una terrible lucha, librada por los colonos para proteger sus libertades y defender sus mismas vidas.

1

Willis

El tenue aire de Marte estaba fresco, pero no realmente helado. Aún no había llegado el invierno a las latitudes sureñas del planeta rojo, y durante el día la temperatura se mantenía por encima del grado de congelación.

La extraña criatura que estaba en el exterior de la construcción globular tenía el aspecto general de un ser humano, pero su cabeza resultaba totalmente distinta. Era algo semejante a una pecera invertida, con dos ojos telescópicos, inmóviles y grandes, sin boca visible. La impresión extraterrestre aumentaba por el extraño colorido de la cabeza y el cuello, a rayas amarillas y negras, semejantes a las de un tigre.

El ser llevaba en su cintura un arma parecida a una pistola, y en el brazo izquierdo tenía un objeto esférico, mayor que una pelota de basketball, al que cargaba con sumo cuidado.

Abriendo la puerta exterior del edificio, el ser penetró, encontrándose en una pequeña antesala, frente a una segunda entrada. Apenas la puerta exterior se cerró, la presión del aire se equilibró nuevamente y de un altoparlante instalado en la pared surgió una voz impaciente, que dijo:

—¿Bien? ¿Quién es? ¡Hable rápido!

El visitante depositó la pelota cuidadosamente en el piso y sus manos aferraron el feo rostro y tiraron hacia arriba, levantándolo. Casi de inmediato la parte delantera cedió, dejando ver la cara agradable y simpática de un jovencito terrestre.

—Soy yo, doctor. ¡Jim Marlowe!

—¡Vamos! ¡Entra de una vez! ¡No te quedes allí mordiéndote las uñas!

—Ya voy, doctor. —Cuando la presión del aire de la antesala se hubo equilibrado con la del resto de la casa, la segunda puerta se abrió automáticamente. Jim miró a la pelota que dejara sobre el piso y dijo—: ¡Vamos, Willis!

La pelota se sacudió, produjo una especie de giba en uno de sus flancos y comenzó a caminar, o mejor dicho, a rodar tras el muchachito, que entró en la casa. En la sala principal, que según costumbre en las casas marcianas ocupaba más de la mitad de la superficie cubierta, estaba el viejo doctor McRae, curando la mano de un jovencito de la misma edad que el recién llegado.

—Buenas, Jim. Quítate el traje de abrigo y sírvete una taza de café. Hola, Willis.

—Gracias, doctor. ¡Oh, eres tú, Francis! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué dices, Jim? Maté a un *buscador-de-agua* y me corté un dedo con una de sus espinas...

—¡Basta de retorcerse! —ordenó el médico.

—¡Es que ese líquido quema! —protestó Francis.

—Por eso te lo pongo.

—¿Cómo demonios lo hiciste? —insistió Jim—. Tendrías que saber que a esos animales hay que quemarlos de arriba a abajo... —mientras hablaba bajó el cierre relámpago que le cerraba herméticamente el traje térmico especial para el ambiente exterior marciano y se lo quitó sin dificultad. Luego lo colgó en una percha, junto con el casco respiratorio que se quitara antes de entrar. Del mueble ya colgaban el traje térmico y el casco respiratorio de Francis, que en lugar del rayado del tigre de su compañero había elegido para pintar su casco los colores de un guerrero piel roja.

—Lo quemé —replicó Francis airadamente—, pero se movió cuando lo estaba haciendo y me rozó. Quería preservar la cola para hacer un collar.

—En tal caso no lo quemaste bien. Con toda seguridad dejaste intacto el saco de los huevos. ¿Para quién querías hacer un collar?

—No te interesa. Y puedo agregar que quemé el saco de huevos como primera medida. ¿Qué te crees que soy? ¿Un turista?

—A veces me pareces uno. Ya sabes que esos bichos no mueren hasta la puesta del sol.

—No digas tonterías, Jim —ordenó el médico—. Voy a inyectarte una dosis de antitoxina, Frank. No servirá para nada, pero tu madre se sentirá más tranquila. Mañana ese dedo estará tan hinchado como un cachorro envenenado; tráemelo y te lo cortaré.

—¿Voy a perder el dedo, doctor? —inquirió el jovencito atemorizado.

—No, pero tendrás que rascarte con la mano izquierda durante una temporada. Veamos qué te trajo, Jim. ¿Indigestión?

—No, doctor. Se trata de Willis.

—Willis, ¿eh? Pues me parece que está bastante bien... —el médico miró hacia abajo, encontrándose con que la extraña criatura había rodado hasta él y estaba observando la mano de Francis. Para hacerlo proyectaba tres ojos de su masa esférica, semejantes a los de un enorme caracol, mientras se apoyaba en un trípode de pseudopodios que le habían crecido en lugar de la primitiva giba.

—Dame una taza de café, Jim —ordenó el viejo doctor, mientras entrelazaba las manos para formar una hamaca—. ¡Ven aquí, Willis, muchacho!

Willis dio un salto y se encontró entre las manos del doctor, recogiendo todas las protuberancias al hacerlo. El médico lo colocó sobre la camilla de observación y ambos se miraron.

El doctor McRae vio una pelota de regulares dimensiones, cubierta de pelo corto y espeso, sin más facciones que el trío de inquisitivos ojos que surgían entre la recia pelam-

bre. El marciano por su parte se encontró frente a un terrestre de edad madura, cuya barba y cabellos eran grises, y que vestía camisa y pantalones cortos blancos.

Willis hallaba agradable la visión de aquel ser extra-marciano.

—¿Cómo te sientes, Willis? —inquirió el doctor—. ¿Bien? ¿Mal?

Un hoyuelo apareció entre los pseudopodios y se dilató hasta convertirse en un orificio.

—Willis está perfectamente —dijo con voz extraordinariamente parecida a la de Jim.

—Perfectamente, ¿eh? —sin mirar hacia atrás, el médico agregó en distinto tono de voz—: ¡Jim! Lava esas tazas nuevamente. Y esta vez, esterilízalas. ¿Quieres hacer una siembra de microbios?

—Está bien, doctor —Jim miró a Francis—. ¿Quieres café, Frank?

—Sí. Con mucha leche.

—¡Oh, cállate y no seas molesto! —Jim se sumergió casi en la pileta del laboratorio para pescar otra taza, que lavó y colocó con las otras dos en el autoclave para esterilizarlas, pues el viejo doctor colocaba descuidadamente sus cultivos microbianos junto con su vajilla.

Unos minutos después el jovencito sirvió el caliente líquido y entregó una taza al médico.

—Este ciudadano está bien, Jim —dijo McRae—. ¿Por qué lo trajiste?

—Ya sé que declara estar bien, doctor, pero se equivoca. ¿No puede revisarlo?

—¿Cómo quieres que lo revise si ni siquiera puedo tomarle la temperatura, pues ignoro cuál debe ser su estado normal? ¿Quieres que lo corte en pedazos para estudiarlo?

Inmediatamente Willis retiró sus pseudopodios y ojos, convirtiéndose nuevamente en una pelota totalmente lisa.

—¡Mire qué ha hecho! —exclamó Jim Marlowe—. ¡Lo asustó!

—Lo siento —dijo el médico, acariciando la suave piel del extraño ser—. Todo está bien, Willis... Willis es bueno... Nadie va a lastimar a Willis.

Willis se limitó a dilatar su diafragma vocal.

—¿No lastimarán a Willis? —preguntó, en una copia exacta de la voz de Jim—. ¿No cortarán a Willis?

—No. Lo prometo.

Los ojos aparecieron lentamente, con expresión de cauteloso temor. Era curioso pensar en que algo sin facciones podía ser expresivo. Sin embargo, así era.

—Así está mejor —afirmó el médico—. Veamos, Jim. ¿Por qué dices que este sujeto está enfermo?

—Bueno, doctor, se comporta en una forma muy extraña. En el interior de casa se muestra perfectamente bien, pero cuando salimos al exterior se convierte en una pelota y se niega a moverse. Si no está enfermo... ¿Por qué lo hace?

—Me parece comprenderlo. ¿Cuánto hace que estás amaestrando a esta pelota parlante?

Jim repasó mentalmente los veinticuatro meses del calendario marciano.

—La encontré a fines de Zeus, cerca de Noviembre, doctor...

—Y ahora estamos a fin de Marzo, a punto de comenzar Ceres. El verano ha terminado. ¿No te sugiere nada este hecho?

—¿Eh? No...

—¿Esperabas que fuera saltando en la nieve como una pelota? Nosotros, cuando la temperatura baja, emigramos. Willis vive aquí.

La boca del jovencito se abrió involuntariamente.

—¿Quiere decir que está preparándose para invernarse?

—Es claro. Los antepasados de Willis tuvieron millones de años para aclimatarse al ambiente marciano; tú pareces ignorarlo, pero no puedes esperar que él lo pase por alto.

Jim pareció preocupado.

—Yo planeaba llevarlo conmigo a Syrtis Menor...

—¿A Syrtis Menor? ¡Ah, sí! Este año irás al Colegio Superior. ¿Tú también, Frank?

—¡Es claro!

—No consigo acostumbrarme a la forma desconsiderada que tienen ustedes de crecer, chicos... Vine a Marte porque como aquí el año dura el doble pensé que tendría más tiempo, pero los meses vuelan exactamente igual que en la Tierra...

—Oiga, doctor... ¿Qué edad tiene usted? —inquirió Francis.

—No te importa. Demasiada. ¿Cuál de los dos piensa estudiar medicina para reemplazarme cuando llegue el momento?

Ninguno de los muchachos contestó.

—¡Vamos, hablen! ¿Qué piensan estudiar?

—No estoy seguro, doctor... Estoy interesado en la *areografía*^[1], pero también me gusta la biología. Tal vez me dedique a economía planetaria, como mi padre... —dijo por fin Jim.

—Ése es un tema muy amplio y tendrás bastante trabajo. ¿Y tú, Frank? Francis pareció embarazado.

—Bueno... ¡cuernos! Aún sigo creyendo que me gustaría ser piloto de cohetes...

—Pensaba que ya habías abandonado la idea.

—¿Por qué? Puedo aprender astronáutica, ¿verdad?

—Si te gusta... Hablando del asunto... ¿Ustedes se irán antes que emigremos hacia el norte, no es así?

A causa del extremo rigor del clima marciano, era necesario que la colonia emigrara dos veces por año, para evitar los inviernos alternados de los hemisferios norte y sur. El verano sureño era aprovechado viviendo en Charax, a unos treinta grados del Polo Sur; la colonia estaba en aquellos momentos a punto de mudarse a Copáis, que estaba a esa misma distancia del Polo Norte. Allí permanecerían los colonos medio año marciano, o sea casi un año terrestre.

En la zona ecuatorial había establecimientos permanentes, en los que vivía una población estable todo el año. Marsport, Nueva Shangai, Syrtis Menor... pero no se trataba de colonias y sus habitantes eran en su mayor parte empleados de la Compañía Comercial Marciana. Por contrato legalizado, la Compañía Comercial Marciana debía proveer a las familias de los colonos de establecimientos educativos paralelos a los terrestres para que los niños y jóvenes pudieran adquirir conocimientos suficientes para ingresar a las Universidades de la Tierra en igualdad de condiciones con los demás alumnos. Resultaba cómodo a la Compañía que la Escuela Superior funcionara en Syrtis Menor, y allí estaba instalada.

—Partimos el miércoles próximo —repuso Jim—. En el coche-correo.

—¿Tan rápido?

—Sí, y esto es lo que me preocupa. ¿Qué debo hacer con Willis, doctor?

Willis oyó su nombre y miró inquisitivamente al jovencito.

—¿Qué debo hacer, doctor? —repitió, con la misma voz que Jim.

—¡Cállate, Willis!

—¡Cállate, Willis! —el extraño ser repitió las palabras del médico con su mismo tono de voz.

—Probablemente lo más apropiado sería buscarle un agujero confortable para que pasara el invierno y dejarlo en paz —dijo McRae tras pensarlo un momento—. Al terminar el invierno podrían reanudar la amistad que los une...

—¡Pero lo perdería, doctor! ¡Willis saldría del agujero antes que yo volviera de la escuela! —protestó el muchachito.

—Probablemente —el médico lo meditó—. Eso no le haría ningún daño... Willis es un individuo, no una cosa...

—¡Claro que es un individuo! ¡Es mi amigo!

—No veo por qué Jim hace tanto lío por este bicho —terció Francis—. ¡Después de todo no es más que una pelota de basket parlante! Si me lo preguntan, creo que es un retardado mental...

—Nadie te lo preguntó. Willis me quiere mucho, ¿verdad, Willis? ¡Vamos, ven con papá! —el pequeño marciano dio un salto y cayó en los brazos del jovencito. Jim lo acarició.

—¿Por qué no le preguntas a uno de los marcianos? —sugirió el doctor—. Tal vez puedan decirte qué debes hacer con este jovencito...

—Traté de hacerlo, pero no encontré a ninguno con deseos de prestarme atención.

—Quieres decir que no tuviste suficiente paciencia como para esperar a que el marciano te llevara el apunte.

—Bueno. Siempre puedes interrogar al interesado directo.

—¿Qué le diré?

—Yo intentaré hacerlo... ¡Willis! —el ser clavó dos ojos en el médico, que prosiguió—. ¿Quieres salir de aquí y buscarte un sitio donde dormir?

—Willis no tiene sueño —fue la firme respuesta.

—Tendrá sueño en el exterior... hace frío y podrá buscarse un agujero para invernar. ¿Qué dice Willis?

—¡No!

El médico tuvo que mirar atentamente para darse cuenta que no había sido Jim quien respondiera a la pregunta. Cuando Willis hablaba respondiendo a preguntas, siempre utilizaba la voz del jovencito. Su diafragma parlante no tenía un registro propio; era algo así como el diafragma de un altoparlante de radio, con la diferencia que estaba colocado en un ser viviente.

—Esto parece definitivo, pero probaremos otro sistema. ¿Quieres quedarte con Jim, Willis?

—Willis quiere quedarse con Jim —repuso el pequeño ser con acento decidido—. ¡Tibio!

—Ahí tienes la clave de tu éxito, Jim. A Willis le gusta la temperatura de tu sangre... Pero esto arregla todo. ¡Llévatelo contigo! No creo que le haga daño quedarse en tu compañía. Tal vez viva cincuenta años en lugar de un siglo, pero se divertirá más.

—¿Acaso viven normalmente hasta los cien años, doctor? —preguntó Jim.

—¿Quién sabe? No hemos estado suficiente tiempo en este planeta como para aprender semejante cosa. ¡Ahora, váyanse de aquí. Tengo que trabajar!

El médico miró de reojo su lecho: no había sido arreglado en una semana. Tal vez no valía la pena cambiar las mantas hasta el día de lavado.

—¿Por qué no viene a cenar a casa esta noche, doctor? —sugirió Jim—. ¿Y tú, Frank?

—Yo no puedo —repuso Francis—. Mi madre dice que como demasiado a menudo con tu familia.

—Si mi madre estuviera aquí, diría lo mismo —afirmó McRae con una sonrisa—. Llama a tu casa, Jim...

El jovencito se comunicó por el fonovisor con su madre, que sonrió en la pantalla televisora.

—¡Encantada de invitar al doctor! ¡Dile que se apresure, Jim!

—¡En seguida vamos, mamá!

Jim comenzó a ponerse el traje térmico, pero McRae lo interrumpió:

—Afuera hace demasiado frío. Iremos por el túnel.

—¡Pero el camino es más largo! —protestó el muchachito.

—Dejaremos que resuelva Willis. ¿Qué prefieres, Willis?

—¡Tibio! —repuso Willis claramente.

2

Colonia Sur, Marte

La Colonia Sur tenía la estructura general de una rueda. Los edificios administrativos eran el eje; de allí surgían docenas de túneles que iban en distintas direcciones. Sobre ellos se levantaban las demás construcciones, depósitos y viviendas. Éstas eran en conjunto similares. Todas consistían en una semiesfera de plástico siliconado, preparada con materias primas extraídas del suelo de Marte y armada en el sitio donde debía estar. Las paredes eran dobles, separadas por un espacio vacío de cuarenta centímetros, que aislaba el interior de la extrema temperatura exterior del planeta rojo. En las casas los colonos mantenían una presión artificial de dos tercios la habitual en la Tierra. En realidad la presión atmosférica marciana es inferior a la tercera parte de la terrestre. Un visitante de la Tierra que no esté condicionado a la escasez de oxígeno del planeta rojo, morirá si no lleva una máscara respiratoria. Entre los colonos, tan sólo tibetanos y bolivianos son capaces de aventurarse en el exterior de las viviendas sin sus respiradores.

Las casas no tenían ventanas, pues si bien el desierto que rodeaba a la colonia era hermoso, su vista constante resultaba demasiado monótona.

La Colonia Sur estaba ubicada en un área concedida por los marcianos al norte de la antigua ciudad de Charax —su verdadero nombre en marciano resulta impronunciable para cualquier terrestre—, entre las ramas del canal doble Strymon. Los colonos usaban la nomenclatura dada a Marte

por el inmortal astrónomo, doctor Percibal Lowell^[2] en sus mapas telescópicos.

Francis acompañó a Jim y al doctor McRae hasta la intersección del túnel principal con un ramal que lo llevaba a su casa. Allí se separó de ellos; pocos minutos después McRae, el jovencito y Willis llegaban a la casa de la familia Marlowe. La madre de Jim los recibió en la sala.

—Señora, vuelvo a abusar de sus bondadosos instintos —dijo el médico haciendo una reverencia.

—¡Carámbanos, doctor! —repuso la madre del jovencito, sonriendo—. Usted es siempre bienvenido a nuestra mesa.

—Quisiera tener suficiente fuerza de voluntad como para desear que usted no fuera una extraordinaria cocinera. Así me resultaría más fácil hacerle comprender que vengo para visitarla, y no para aprovechar la oportunidad de comer de tanto en tanto como una persona...

La señora de Marlowe se ruborizó y dirigiéndose a su hijo cambió el tema.

—Jim... no dejes tu pistola sobre el sofá, donde Oliver pueda alcanzarla... —el hermanito menor de Jim, al oír su nombre, corrió hacia el arma; el muchacho y su hermana, Phyllis, lo vieron y al mismo tiempo gritaron:

—¡Ollie!

—¡Ollie! —gritó Willis, duplicando simultáneamente las voces de Jim y Phyllis.

La niña estaba más cerca; aferró el arma y dio una palmada al niño, que se echó a llorar, imitado de inmediato por Willis.

—¿Qué pasa en esta familia? —inquirió el señor Marlowe, entrando en ese momento.

El doctor McRae se inclinó y alzó al pequeño Oliver, montándolo sobre su ancha espalda. El pequeño olvidó su llanto de inmediato.

—No ocurre nada, querido —dijo la madre, volviéndose hacia su esposo—. Me alegro que hayas regresado tem-

prano; ¡vayan a lavarse, chicos!

La segunda generación de la familia Marlowe marciana corrió hacia el cuarto de baño.

—¿Qué pasó, querida? —quiso saber el padre cuando los mayores quedaron a solas. Diez minutos después iba en busca de su hijo mayor al dormitorio.

—Jim —dijo.

—¿Sí, papá?

—¿Qué es eso de dejar tu pistola al alcance de la mano de tu hermano menor?

El jovencito se ruborizó.

—No estaba cargada, papá —repuso.

—Si todos los hombres que fueron muertos con «armas descargadas» que resultaron no serlo fueran alineados uno tras otro, daríamos la vuelta al mundo varias veces. Cuando te dieron la licencia para portar armas, prestaste juramento, ¿verdad?

—Estee... sí, papá.

—Yo me siento orgulloso de que te hayan autorizado a ser uno de los jóvenes armados de la Colonia Sur. Esto significa que eres un adulto. Que legalmente, eres responsable. Y la responsabilidad es algo constante, no momentáneo. ¿Me comprendes?

—Sí, papá.

—¡Magnífico! Vamos a cenar.

El doctor McRae predominó en la conversación durante la comida y también en la sobremesa, como lo hacía habitualmente.

—¿Qué es eso de que dentro de veinte años podremos quitarnos los respiradores? ¿Acaso hay alguna novedad respecto al *Proyecto*? —preguntó después de una pausa, mirando al padre de Jim.

La Colonia tenía en estudio y ejecución docenas de proyectos preparados para tornar Marte más habitable. Pero al decirse «el Proyecto», se sobrentendía que se estaba ha-

blando del referente a la restauración del oxígeno atmosférico.

Las arenas rojizas de los desiertos marcianos debían su color a la oxidación; esto significaba que en ellas había trillones de toneladas de oxígeno, que los colonos planeaban volver a su forma gaseosa para enriquecer la atmósfera del planeta.

—¿No oyó esta tarde el informe propalado desde Deimos? —repuso Marlowe.

—Nunca escucho informativos radiales. Es malo para los nervios.

—No lo dudo. Pero hoy las noticias fueron buenas. La planta piloto de Libya está en funcionamiento... y podríamos agregar, que con todo éxito. El primer día produjo cuatro millones de toneladas de oxígeno purísimo...

La señora Marlowe miró a su marido.

—¿Cuatro millones de toneladas? Parece una gran cantidad. ¿No es así?

—¿Sabes cuánto tiempo se necesitaría para que con esa producción pudiéramos considerar solucionado el problema del oxígeno en Marte? —sonrió su esposo.

—No... pero no creo que sea demasiado...

—Déjame calcular... eh... sí, más o menos doscientos mil años... Años marcianos, naturalmente.

—¡Te burlas de mí, James!

—¡No, querida, no! Pero no dejes que estos datos te asusten. No dependeremos de una sola planta industrial... Cada cincuenta kilómetros de desierto habrá una. Gracias a la energía atómica no tenemos el problema del combustible. Si el trabajo no terminara durante nuestras vidas, por lo menos nuestros hijos lo verán finalizado... ¿Qué le pasa, doctor? Lo noto contrariado...

—¡Oh, no, no! Estaba pensando en el resultado final de todo... Éste es un trabajo realmente extraordinario... magnífico y duro. Pero cuando terminemos... ¿De qué habrá servido? ¿No hubiera sido mejor que dejáramos a Marte